

VIDA ARTISTICA

La Exposición de la Asociación de Pintores y Escultores

En las salas de la Sociedad Española de Amigos del Arte ha celebrado la Asociación de Pintores y Escultores su segunda Exposición colectiva de 1929.

Se propone la importante entidad artística ofreciendo una serie de exhibiciones homogéneas por el tema desarrollado en ellas, que libren al conjunto del carácter heteróclito y sin armonía que suelen tener esta clase de exposiciones cuando no se fija de antemano el género de obras admisibles.

Naturalezas muertas é interiores fué el tema propuesto á los asociados pintores para la segunda de las organizadas por la Asociación. Se añadieron algunas esculturas de pequeño tamaño y en materia definitiva, como ejemplo á seguir también de cómo debe ser la concurrencia de los escultores á conjuntos de tal índole.

Se ha hecho bien en estimular la pintura de naturalezas muertas—ó «vidas en silencio», como dicen ingleses y alemanes de más expresiva manera que los españoles, nombrándolas bodegón—, género de alcurniada prosapia estética, y el éxito obtenido, primero con la aportación de excelentes cuadros y después con la elocuente aceptación del público, debe animar á más amplio y futuro desarrollo de esta iniciativa tan oportuna.

La Exposición presentaba un aspecto armónico y ponderado. Contra lo que pueda pensar el que no la haya visitado, lejos de producir fatiga de monotonía, falta de variedad, resultaba una demostración de la infinita pluralidad de motivos y combinaciones á que se presta el bello género. No sólo aquella rica diversidad de temperamentos y credos que la floreciente pintura española moderna consiente; no ya el natural contraste de motivos y gamas, sino dentro de sectores estéticos semejantes y de asuntos iguales—muy dentro de la tradición del «bodegón» español—, el encanto de lo distinto surgía atrayente.

Fué ésta acaso una de las exposiciones que más puro ejemplo han dado de cómo importaría ir evolucionando el carácter y composición de las agrupaciones colectivas.

Han concurrido á ella cuarenta y seis artistas, con más de setenta obras. He aquí una sucinta relación de sus envíos:

Manuel Abelenda presentaba dos lienzos, titulados *Soyo isto deixou o fidalgo* y *Cacharros*. De fraternas disposición y elección de objetos tenían también fraternidad tonal. Eran dos notas agradables y profundas, á la vez, donde la maestría en las calidades no dañaba á esa cierta



«Desnudo», escultura de Coullaut Valera

«melancolía de lo inerte» que el título elegíaco de una de ellas y la condición de «vida en silencio» le exigía.

Naturaleza muerta, de Almela Costa, era un cuadro alegre de color, escrupuloso de dibujo y de una gran sencillez constructiva.

Pedro Antonio exponía dos pequeños lienzos de frutas y flores: *Bodegón en amarillos* y *Bodegón en rojos*. La fuerte y densa cualidad de pintor que hay siempre en Pedro Antonio estaba allí latente y rica.

Chinosseries, de Blanco Coris, era una graciosa clara combinación de lacas y porcelanas sirviendo de complemento cromático á una muñeca vestida de rojo, verdaderamente feliz en cuanto á idea y resultado.

Ismael Blat, más ambicioso en cuanto al tamaño y á la composición, que afortunado en la resolución, presentaba un lienzo titulado *Cosecha de Man's's*.

Guido Caprotti exhibía un gran bodegón de seguro empaque clásico, demostrativo de positiva comprensión y capacidad para el género—titulado con cierto humorismo *Antes de la romería*—, y un bellissimo bodegón—*Pimientos*—, tan pequeño de dimensiones como excelente de valor pictórico.

Cacharros del Albaicín era una nota elegante, armoniosa, de finas delicadezas tonales, firmada por Ramón Carazo.

Gregorio Cebrián presentaba un buen *Bodegón* de noble condición tradicionalista.

Enrique Climent, ese espíritu inquieto en quien la ironía y el sentimiento se unen para crear fantasías admirables, expuso dos dibujos: *El arqueólogo* y *el Rebaño*, copiando figuras y fondos de papel recortado á la manera ingenua é infantil. Algo delicioso y no fácil de imitar, sin caer en una banalidad de la que Climent estará siempre libre.

De Antonio Collar volvimos á ver con gusto su *Bodegón de la lámpara de plata*, tan sobrio, tan acertado en el modo y la forma.

Roberto Fernández Balbuena era uno de los prestigiosos afirmativos—y afirmados—de la Expo-

sición. No deja nunca este pintor de sorprender por su afán insatisfecho de superación, por su horror al anquilosado disfrute de hallazgos anteriores. Dos cuadros, *Geografía* y *Manzanas*, ofrecían ocasión para largos y razonados elogios. Harto distintos en apariencia por su entonación general y factura, respondían, sin embargo, á esa honda y recta conciencia que Fernández Balbuena tiene de su arte. *Manzanas* va incluso más allá en el propósito de entrega plena de las facultades peculiares á ese ansia de honestidad pictórica.

Juan Francés exhibía un *Bodegón* íntegramente clasicista, jugoso de color, acertado de calidades, verdaderamente grato de contemplar.

Gallarda promesa de un artista que está formándose sin prisa ni extravío era el estudio de Gutiérrez Santos.

Gutiérrez Solana presentaba tres obras maestras: dos bodegones y un *Florero*. Nuevamente, el gran artista daba esa sensación de fiereza inteligente, de sabroso colorista, de honda racialidad hispánica que no deja nunca de expresar en sus cuadros. El bodegón del *Pavo muerto* mostraba en su sobriedad de ocres, grises y negros extraordinario luminismo. En cuanto al *Florero*—unas rosas en un vaso verde de cristal tallado—, unía dos fulgores de potente calidad cromática.

Martínez Tarrasó exponía dos pequeños lienzos muy dentro de la manera recia, luminosa y pastosa aprendida en Raurich, pero ya con acento personal. *Frutas de invierno* era el título común. Y reconociendo el cabal logro de ambos cuadros, el de los limones acaso tenga mayor belleza.

Bernardino de Pantorba exhibía dos pequeñas notas de limpia y noble sencillez. De ellas, *Juego de te*, muy finamente acordada.

Julio Peris Brell envió un bodegón, bien característico de su manera, de esa manera brillante, chispeadora, que no excluye la solidez.

El *Bodegón* de José Pedraza respondía al concepto tradicional del género con natural sencillez muy simpática.

Cristales y azucenas, *Naturaleza en silencio*, eran los títulos de los dos envíos de José Pinazo. Recientemente, estos dos cuadros admirables fueron de las obras más celebradas en la Exposición de Arte Español en Bélgica y Holanda. En Madrid se ha reconocido también la elevada condición de su arte, por como el gran pintor valenciano acusa en ellas la maestría evolutiva y ascendente, la peculiarísima delicadeza tonal que le define cada vez con más puros rasgos. En



«Geografía», cuadro de Fernández Balbuena



«Florero», cuadro de José Solana